

Etnografías de violencia y muerte: la Mara Salvatrucha y el Barrio 18

Alfredo Nateras Domínguez*

Resumen

En este artículo se hace un sencillo relato teórico-metodológico de investigación desde una aproximación etnográfica acerca de uno de los actores más visibilizados por las narrativas hegemónicas, mediáticas e institucionales: la Mara Salvatrucha y el Barrio 18. Se da cuenta de la experiencia como investigador con algunos integrantes de estos agrupamientos y de otros actores (académicos, gestores comunitarios). El texto termina haciendo una reflexión de las tensiones cuando se interviene en contextos marcados por la exclusión social, la represión del Estado y con sujetos y sus adscripciones identitarias, al límite, implicados, por lo regular, en una lógica de la paralegalidad.

Palabras clave: sujetos transnacionales, pandillas, etnografía multilocal, adscripciones identitarias, mercado de violencia y muerte

Abstract

This article tells a simple theoretical-methodological story of research, from an ethnographic perspective about two notoriously visible actors: the Mara Salvatrucha and the Barrio 18. It gives an account of our research experience with some members of these groups and other actors (academics and community workers). The text ends reflecting on the tensions that happen when we intervene in contexts marked by social exclusion and state repression, and with subjects that have assigned identities pushed to their limits, very often involved in a para-legal logic.

Key words: transnational subjects, gangs, multi-local ethnography, identity assignments, market of violence and death



IZTAPALAPA
Agua sobre lajas

* Profesor-investigador de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa; coordinador general del Diplomado Culturas Juveniles. Teoría e Investigación
tamara2@prodigy.net.mx

FECHA DE RECEPCIÓN 17/09/09, FECHA DE ACEPTACIÓN 30/04/10

IZTAPALAPA REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
NÚM. 69 • AÑO 31 • JULIO-DICIEMBRE DE 2010 • PP. 87-108

Está la belleza y están los humillados;
por difícil que sea la empresa,
no quisiera serle infiel,
ni a los segundos, ni a la primera.

Albert Camus

Presentación

El propósito de este texto es realizar un sencillo relato de investigación psicosocial, en clave antropológica, respecto a uno de los actores, a mi parecer, más complejos e interesantes, en los ámbitos de los estudios transnacionales y de las identificaciones juveniles al *límite* o al *borde*; me refero a los agrupamientos de la Mara Salvatrucha (MS-13) y la *pandilla* del Barrio 18 (B-18), cuyas patrias de origen se localizan, en especial, en la región conocida como el Triángulo del Norte (El Salvador, Honduras y Guatemala), y sus patrias de llegada son, por excelencia, Estados Unidos de América y México; aunque nuestro país, más que nada, se sitúa como territorio de desplazamiento.

Tal relato, o narrativa, está anclado en el reciente trabajo de campo que llevé a cabo justo en el Triángulo del Norte, de octubre a diciembre de 2008, con algunos integrantes de la MS-13 y del B-18, y con otros actores estratégicos como ciertos líderes comunitarios, gestores culturales, académicos e investigadores, aunque vale aclarar que, en este documento, sólo daré centralidad a *mareros* y a *pandilleros*.

A partir de la experiencia que viví, intentaré aproximarme a unas primeras reflexiones desde distintas vertientes: 1) situado como etnógrafo y sujeto (actor) que investiga a *los otros* sujetos (actores) de la investigación; 2) respecto al dispositivo teórico-metodológico desplegado y algunas de sus herramientas (las entrevistas, la fotografía); y, 3) en relación con las tensiones y los conflictos de la investigación etnográfica (multilocal/multisituada) que considero significativo marcar cuando se abordan contextos de exclusión social y se trata con sujetos y sus adscripciones identitarias al límite o al borde.

En los orígenes: los números (la 18) y las letras (la MS)

El término *mara*, en Centroamérica, en una de sus denominaciones significa “grupo”, de tal suerte que estamos frente a una configuración de la grupalidad múltiple y transnacional, es decir, hay distintos tipos de *maras*: estudiantiles, deportivas, laborales, de amigos, de ancianos y la Salvatrucha (la MS-13). Lo importante es que la MS-13 y el B-18 se van estructurando a partir de los contextos sociales y políticos del conflicto armado en los países del Triángulo del Norte en los ochenta y principios de los noventa, a través de los procesos y los flujos migratorios como estrategias familiares para salvaguardar la integridad física y emocional de los infantes, los adolescentes y los jóvenes de esa generación.¹ Esto implicó que tanto la MS-13 como el B-18 se originaran en la patria de llegada: Estados Unidos de América (en Los Ángeles, California), como una respuesta de sobrevivencia cultural, ante la exclusión social, la urgencia de construcción identitaria en resistencia y la afiliación grupal.

Si descomponemos el nombre Mara Salvatrucha, tenemos que *Mara* es una contracción de *marabunta* (aquellas hormigas gigantes que van destruyendo todo a su paso),² en otras palabras, es una metáfora que emula los flujos migratorios de ese grupo; y *Salvatrucha* viene de *El Salvador* y *trucha*, ponerse listo/avisado, es decir, alude a un salvadoreño abusado/inteligente (identidad nacional). La pandilla del Barrio 18 se edifica a partir de replicar y de defenderse de las *clicas*,³ que ya estaban asentadas y ancladas territorialmente en el sur de California, como la de los italianos, los asiáticos y las minorías afrodescendientes. De hecho, el núcleo del B-18 se conforma de centroamericanos y, en particular, de *cholos*⁴ mexicanos.

¹ Quizás una de las películas más crudas y conmovedoras que dan cuenta de la guerra entre el ejército y la guerrilla en El Salvador, sea *Voces inocentes* (2004, México, Manga Films), del cineasta Luis Mandoki. La película narra la historia de Chava, un niño de 11 años, y sus vivencias en plena guerra, ante la constante amenaza de ser reclutado por los militares o por los guerrilleros.

² Hay un filme clásico, *The Naked Jungle* (1954, Estados Unidos, Paramount Pictures), traducido al español con el título *Cuando ruge la marabunta*. Es la historia, ubicada en Sudamérica, de una colonia de hormigas gigantes que va arruinando todo lo que encuentra en su camino, y está por acabar con una hacienda y una plantación de cacao. El protagonista principal, es Charlton Heston, uno de los íconos del cine estadounidense.

³ En sentido amplio, las *clicas* son microgrupos o microidentidades y, en el ámbito de las pandillas, se usa para denominar a sectores o células organizadas, por lo que hay una diversidad de *clicas* integradas por *maras*, *pandilleros* o *cholos*.

⁴ Los *cholos* se desprenden, o mutan identitariamente, de los *pachucos*, y son la constitución juvenil más longeva que tenemos, pues datan de finales de los años treinta. Esta adscripción está conformada por chicanos/mexicanos, y sus anclajes territoriales, además del barrio, trazan sus coordenadas transnacionales entre los cholos de allá (de Estados Unidos de América) y los cholos de acá

La MS-13 es una escisión del B-18 y, con base en las historias orales que se han reconstruido, cuentan que tal ruptura sucedió debido a las disputas por el territorio, la conquista del amor de las mujeres y el control de diversos negocios en las lógicas de lo ilegal. Cabe resaltar que tal escisión es a muerte y va más allá del hecho fáctico, o de su materialidad, esto es, se sitúa en códigos simbólicos: no sólo se trata de matar, de dar muerte al *otro*, sino que el hecho de asesinar o liquidar a uno de la MS-13 o del B-18, según corresponda al vaivén de la venganza (o incluso por extensión, a las ejecuciones extrajudiciales), representa un intento imaginario de *borrar* la adscripción de ese *otro*: una suerte de *limpieza identitaria*, llevada al extremo y al absurdo. Por ejemplo, se han dado casos en que, en algunos sepelios, la pandilla rival llega y ametralla la caja del difunto/del asesinado (una metáfora de “matar al muerto”).

Tal situación de muerte y de aniquilamiento también se da entre el agrupamiento de los cholos mexicanos, exceptuando la limpieza social contra ellos. Al asistir a un festival músico/cultural llamado Paz en las Calles, llevado a cabo en la Alameda de Oriente (atrás del Aeropuerto Internacional de la Ciudad de México) en el verano de 2003, para contribuir a destensar los conflictos entre las pandillas de cholos de Ciudad Nezahualcóyotl, Estado de México, me encontré, de repente, en medio de una balacera, a fuego cruzado, entre la clicca de La Primera y otra banda que la había retado. Este acontecimiento me llevó a pensar y a construir mi incipiente pregunta de investigación: ¿Por qué se da la violencia entre agrupamientos identitarios juveniles similares: cholos contra cholos, o la MS-13 contra el B-18? Fui reescribiendo dicha interrogante, cambiándola con el tiempo, y quedó planteada de la siguiente manera: ¿Por qué se da el escalamiento de la violencia entre la MS-13 y el B-18, que lleva, en algunos casos, al aniquilamiento identitario de los *otros*, es decir, a la muerte, en los espacios de la calle y de la cárcel?

El andamiaje teórico

He de decir que mi *mirada*, cuando *miro* las adscripciones identitarias juveniles y a los sujetos transnacionales, como la Mara Salvatrucha (MS-13) y la pandilla del B-18, está construida principalmente desde dos vías: una, la psicología social (más

(de México). Uno de los teóricos imprescindibles, sociólogo de formación y quien más ha investigado sobre la adscripción identitaria de los cholos, es sin duda José Manuel Valenzuela (cf. Valenzuela, 1988 y 2002). Hay una interesante hipótesis teórica de este investigador, quien considera que los cholos son los que le dan el rostro identitario a la *mara* (cf. Valenzuela, 2003).

sociología que psicología), por lo que mi unidad de análisis es el grupo y las colectividades; y dos, la antropología simbólica, en su veta hermenéutica/compreensiva; de tal suerte que me sitúo como investigador social y etnógrafo, a partir de un discurso entre territorios y fronteras disciplinares diversos.

Como etnógrafo situado/posicionado, y sujeto (actor) que investiga a otros sujetos (actores), recorro a lo que Bourdieu (2003), y Bourdieu y Wacquant (1995 a y b), plantean: “objetivar el sujeto de la objetivación”, lo cual implica que, desde la enunciación, trato de reflexionar permanentemente (antropología reflexiva) los contenidos subjetivos/objetivos de mi particular *mirada* construida o en construcción;⁵ máxime que intento reconstruir las subjetividades de los otros: los sentidos y los significados edificados por esos sujetos (actores) o agrupamientos respecto a las violencias y a la muerte (sus representaciones),⁶ articulados en una trama social ligada a los contextos (el sistema mundo), a partir de los cuales se construyen y son producidos como actores sociales.

En lo que atañe a la discusión teórica en relación con las identidades (o las identificaciones) y, siendo uno de los terrenos más discutidos y concurridos interdisciplinariamente, entre la psicología social, la sociología y la antropología (por mencionar sólo a estas disciplinas), abrevio de diferentes propuestas y teóricos: George H. Mead (1990), con el concepto del *otro generalizado* que da la unidad de sí; Peter Berger y Thomas Luckmann (1999), en su consideración de que la realidad es una construcción social; Gilberto Giménez (2002), en lo que refiere como *identidades sociales y sus paradigmas*; Pablo Vila (2000), al plantear a las identidades como una narrativa (*narrativas identitarias*); Erving Goffman (1993), con el término de *estigma* ligado a la noción de *la identidad deteriorada*; y Manuel Castells (1999), en su *tipificación de las identidades* como legitimadoras, en resistencia y de proyecto. En cuanto a la articulación y anclaje del término o el concepto de las *identidades juveniles*, o a lo que he denominado *adscripciones identitarias juveniles*, me

⁵ Desde la antropología, o la etnopsiquiatría psicoanalítica, George Devereux (1994: 22) sostiene que, en el estudio científico del hombre (las ciencias del comportamiento), los datos generan angustia y ansiedad en el sujeto que investiga u observa (contratransferencia), es decir, el dato más importante está en uno mismo como fuente de información: “No es el estudio del sujeto sino el del observador el que nos proporciona acceso a la esencia de la situación observacional”. En lo implícito, esta sentencia conlleva a preguntar lo siguiente: ¿uno como investigador/etnógrafo, puede considerarse como otra categoría de análisis? Si la respuesta es afirmativa ¿cómo construir ese lugar o territorio epistemológico/metodológico?

⁶ Utilizo la referencia de las representaciones sociales como una categoría de análisis y concepto (cognitivo) descriptivo, tal cual lo proponen determinados psicólogos sociales como Maritza Montero y Tomás Ibáñez (cf. “Indefinición y contradicciones de algunos conceptos básicos en psicología social”, en Montero, 1994; y “Representaciones Sociales. Teoría y Método”, en Ibáñez, 1988).

acerco a la sociología y a la antropología de la juventud por medio de autores como Carles Feixa (1998), quien acuña el concepto de *culturas juveniles*; Rossana Reguillo (2002) y su idea de la *emergencia de culturas juveniles*; José Manuel Valenzuela (1997), a partir de considerar a *las identidades juveniles como transitorias*; y Rodrigo Díaz (2002), quien plantea la *creación de la presencia*, es decir, las identificaciones juveniles entendidas como un *performance*.

Por otra parte, utilizo los términos *la pandilla*, *lo trasnacional* y *las violencias sociales*, sobre todo, como categorías de análisis de lo social, o, si se desea, como una especie de matrices conceptuales.

Quizás el concepto *pandilla* sea de los más complicados de usar, ya que está muy cargado y saturado de valor negativo. Veamos: *pandilla*/*pandillero* vienen de la palabra en inglés *gang* y conllevan la idea o la representación de violencia, delincuencia/delincuente. Dicha terminología se desprende de los estudios de la Escuela de Chicago de los años treinta del siglo pasado. Lo interesante es que una parte importante del discurso de la academia/la investigación, y de los propios integrantes de estos agrupamientos, tiene tan incorporada esta terminología que han reproducido en los estudios contemporáneos de las identidades juveniles y en las autodefiniciones o identificaciones de sí, con todo lo desvalorativo que esto significa.

Por lo que concierne a la noción de *lo trasnacional*, implica el vínculo entre una o más naciones, la idea de Estado-nación; esto es, los aspectos relacionados con lo territorial, lo social y las culturas están referidos a ciertas naciones y no a todas en el sentido universal (por ejemplo, las violencias y las pandillas). Así, las dimensiones más importantes del término de lo trasnacional, al estar anclado en la idea del Estado-nación, están ubicadas y son trazadas en el proyecto de lo cultural y de lo político (Kearney, 1995). Siguiendo con esta discusión, Robert Courtney (2006: 17) hace una clara diferencia entre los procesos trasnacionales y la globalización, haciendo visible un nuevo elemento, la migración, en el entendido de que la trasnacionalización implica "a poblaciones migrantes y estados nación específicos y los procesos globales [...] implican cambios económicos, institucionales, culturales y de otros tipos que reconfiguran el poder en una escala mundial". Queda claro, pues, que para los propósitos de investigación las poblaciones migrantes que me interesan en estos procesos trasnacionales son las de la MS-13 y la pandilla del B-18, que tejen sus coordenadas tempoespaciales entre los Estados nacionales de Estados Unidos de América y El Salvador, por ejemplo.

En lo que respecta a las *violencias sociales*, son uno de los articuladores culturales que han definido y delineado las relaciones entre los sujetos a lo largo de la historia; en este sentido, no son una esencia, algo natural del ser humano, sino

una construcción que se teje y se articula a través de las relaciones asimétricas de poder con los otros y con las instituciones del Estado. De ahí que acoja la propuesta que hace Philipp Bourgois (2005), de cuatro principales vertientes o rostros: *la violencia estructural* (la pobreza), *la violencia política* (la represión y su respuesta), *la violencia simbólica* (lo inmaterial) y *la violencia interpersonal* (la doméstica). Todas estas violencias se ligan e intersectan entre sí y se pueden manifestar al mismo tiempo. En lo particular, me interesa resaltar las violencias simbólicas como lo plantea Bourdieu (2000), no sólo en su carácter material, sino rastrear aquello que nos remite a lo cultural, a lo inasible, a lo invisible: lo cual, de ninguna manera, implica negar la relevancia de la materialidad o el hecho fáctico de esas violencias sociales.

Pensando el hacer

A partir del andamiaje teórico dibujado y de mi pregunta de investigación, el dispositivo metodológico que empleé –apuntando a la reconstrucción de las representaciones y de las atribuciones que algunos integrantes de la MS-13 y del B-18 hacen con respecto a las violencias y a la muerte– lo fui construyendo y ajustando sobre la marcha, debido, en primera instancia, a la necesidad de llevar a cabo el trabajo de campo en diversos países (ir adonde están los actores) y seguir la ruta del Triángulo del Norte, en la cual estos agrupamientos se mueven y se desplazan. A la par, me fui dando cuenta de la complejidad de las situaciones sociales en que se encuentran estas adscripciones identitarias (“jóvenes” transnacionales e *invisibles*) y, por consiguiente, de las actuales particularidades matizadas por los rápidos cambios en los procesos de identificación y en las dinámicas grupales que están viviendo y experimentando. Por estas razones, confirmé y privilegié el uso de estrategias de la metodología comprensiva/cualitativa (la parte subjetiva de los actores), por sobre la metodología descriptiva/cuantitativa (lo objetivado de las realidades sociales y culturales de esos sujetos).⁷

El estudio fue exploratorio y de corte etnográfico: exploratorio debido a las pocas investigaciones que se tienen en nuestro país en torno a mis sujetos de

⁷ Estoy usando información estadística procedente de diversas bases de datos, de encuestas nacionales y mundiales, de reportes de investigaciones, de informes de las instituciones del Estado y de organizaciones de la sociedad civil (OSC), a fin de reconstruir los aspectos más significativos de los contextos (políticos, sociales, económicos y culturales) en los cuales se han producido estos actores sociales (la MS-13 y el B-18).

indagación desde una perspectiva sociocultural y transnacional;⁸ y de corte etnográfico, por cuanto me interesó llevar a cabo, a partir de los contextos, una narrativa construida desde adentro de estos micromundos sociales, en una trama cultural con personajes específicos y sus relatos (o representaciones), con respecto a las violencias y a la muerte.

Asimismo, dentro del matiz etnográfico, partí de la denominada etnografía multilocal/multisituada (Marcus, 2001), por su plasticidad y su movilidad. Dicha etnografía se inserta dentro del sistema mundo (los contextos), y le interesa examinar/rastrear la circulación de los significados y los objetos de los nuevos procesos o formaciones culturales emergentes en un tiempo y en un espacio difuso dentro de múltiples sitios de actividad. Se trata de una especie de mapeo del terreno de la investigación y del objeto de estudio que va tejiéndose, a través de establecer relaciones, asociaciones y conexiones. Estas etnografías multilocales se arman, o se alimentan, a partir de varias técnicas o modalidades cuyo hilo conductor son los movimientos y las pistas o huellas culturales en diversos escenarios, por ejemplo, seguir a las personas, los objetos, la metáfora, la trama, la biografía o el conflicto. En palabras de Marcus (2001: 118): “La investigación multilocal está diseñada alrededor de cadenas, tramas, conjunciones o yuxtaposiciones de locaciones en las cuales el etnógrafo establece alguna forma de presencia, literal o física, con una lógica explícita de asociación [...] entre sitios que de hecho definen el argumento de la etnografía...”.

El tipo de muestreo fue el que se conoce como estratégico e intencional (Ruiz Olabuenaga e Ispizua, 1989), que consistió en seleccionar y privilegiar (en la medida de lo posible) los contextos, los escenarios y los sujetos en los cuales encontré más fuerza de contenido y de sentido, de esas situaciones o hechos sociales que me interesaba reconstruir/narrar, o dar cuenta de sus representaciones. A partir de aquí, al comprender la gran dificultad de poder llevar a cabo la clásica observación participante (ir y estar en los lugares y donde se encuentran y habitan la MS-13 y la pandilla del B-18 –la etnografía unilocal y a profundidad–), uno de los ajustes que hice fue establecer una suerte de puentes (conexiones/articulaciones) que me llevaron a la decisión de entrevistar a otros actores importantes de la trama social y considerarlos fuentes directas en relación con la riqueza de la información que poseían, lo cual me dirigió a ampliar tanto la población como la muestra de estudio; es decir, con el espíritu metodológico de

⁸ De hecho, en el caso mexicano, el texto que coordinamos con José Manuel Valenzuela y Rossana Reguillo, *Las maras. Identidades juveniles al límite* (2007), es el primero que le da voz al discurso académico interdisciplinario con respecto a esta temática.

seguir a los demás actores sociales (académicos, investigadores, gestores culturales de las organizaciones de la sociedad civil (OSC), líderes de la comunidad), me acerqué a ellos y a ellas, conforme los iba encontrando y se me iban apareciendo en el tejido de los vínculos y las redes sociales.

Los principales escenarios (o lugares) en los que llevé a cabo el trabajo de campo en los tres países fueron múltiples y estuvieron marcados por las circunstancias difusas, fragmentadas y de constante incertidumbre en las que me encontraba como etnógrafo y, sobre todo, por las vicisitudes sociales y culturales de mis sujetos de investigación, ya que por los niveles de represión que hay contra ellos y las ejecuciones extrajudiciales que cada vez más están padeciendo, se han convertido en una especie de sujetos *invisibles* en los espacios públicos de la calle, el barrio y el tránsito por la ciudad, e incluso en sus propias comunidades. Por ello, y por el recrudescimiento de los niveles de control que el Estado y sus instituciones están ejerciendo sobre las OSC, los gestores comunitarios y los investigadores, las visitas a las cárceles también fueron imposibles; simplemente se negó el acceso.

El movimiento: conexiones y trayectorias

El trabajo de campo lo realicé en un periodo de tres meses (de octubre a diciembre de 2008): estuve como profesor huésped invitado por la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA), en El Salvador, por lo que la Universidad fue mi sede y casa. De ahí viajé en autobús, de noche, a Honduras; al cabo de un tiempo regresé a El Salvador, y después fui a Guatemala.

Estar en la UCA, e identificarme con los otros como académico invitado, renegociando constantemente mi identidad, me ayudó, en la mayoría de los casos, a establecer vínculos sociales y a construir la confianza para la realización de las entrevistas a profundidad, e incluso para el levantamiento fotográfico.

El Salvador

En los primeros días de estancia en El Salvador confirmé –ya lo sospechaba– que iba a ser muy difícil hacer los recorridos por los barrios donde se asentaban la MS-13 y la pandilla del B-18, dada su situación de *invisibilidad*. Entonces, fui ubicando a varios informantes clave en el ámbito académico, de las OSC y gestores comunitarios, a fin de entrevistarlos. Conforme realizaba los primeros contactos,

fui tejiendo una red de relaciones que me abrió la posibilidad de moverme, desplazarme e insertarme en otros espacios sociales, como asistir a reuniones con investigadores y participar en observatorios de violencia, y eventualmente logré llevar a cabo algunos recorridos en las zonas comunitarias donde han y están trabajado con la MS-13 y la pandilla del B-18.

En El Salvador, una de mis informantes y vínculos trascendentales fue la maestra Roxana Martel, investigadora del Instituto Universitario de Estudios de Opinión Pública (IUDOP) y coordinadora de la Coalición Centroamericana para la Prevención de la Violencia Juvenil (CCPVJ), quien me ayudó a que me aceptaran como profesor huésped en la UCA, y a tejer las redes y los vínculos, no sólo en El Salvador, sino fundamentalmente en Honduras y en Guatemala, con los colegas y demás actores. También, hicimos varios recorridos por las zonas más pobres y ricas de San Salvador: fungió todo el tiempo como mi interlocutora; a ella le expresaba mis preocupaciones de y en la investigación, incluyendo la ansiedad y el miedo que se me despertaban a cada rato.

De igual manera, otro interlocutor e informante clave fue mi amigo y colega Antonio Rodríguez, mejor conocido como el *padre Toño*, uno de los personajes más importantes en El Salvador en torno al trabajo comunitario con la MS-13 y la pandilla del B-18. Gracias a él, pude hacer varios recorridos en los territorios de ambos agrupamientos, realizar el levantamiento fotográfico más significativo por la fuerza simbólica de las imágenes, tener contacto y estar una mañana y una tarde con toda una clica de la pandilla del Barrio 18. Asimismo, por su mediación, logré hacer varias visitas a la clínica de tatuajes donde los remueven, en particular a integrantes de la MS-13 y de la pandilla del B-18, situación que me permitió conversar y entrevistar a varios de ellos y pensar en el hecho de destatuarse en su valor simbólico; una especie de desidentificación respecto a la afiliación con estos agrupamientos.

Todas las entrevistas las fui agendando en el trayecto: a quienes me sugerían, a los que localizaba y a los que se dejaban entrevistar. Básicamente los contacté vía telefónica, por internet y –los menos– en conversaciones cara a cara: en tiempos, horarios y lugares muy disímolos, inesperados y definidos por ellos. Mi desplazamiento en la ciudad, dadas las condiciones de inseguridad y, más que nada, el imaginario del miedo que me había construido, fue por lo regular en taxi, de tal suerte que, a la larga, mi motorista (el chofer) se convirtió en otro vínculo e interlocutor muy importante, ya que además, de cuidarme en las zonas de mayor riesgo, me llevó a los sitios más inusuales para hacer el levantamiento fotográfico del lugar (lotes baldíos, caminos de terracería, edificios abandonados y la playa, entre los más llamativos).

En la Zona Metropolitana de El Salvador realicé 22 entrevistas a profundidad a diferentes actores:

- Seis académicos e investigadores del IUDOP, en sus instalaciones y cubículos que se encuentran en la UCA. Tales colegas son especialistas en temáticas de violencias sociales y su prevención, seguridad pública, miedo social y, particularmente, en la MS-13 y el B-18. Es el equipo de investigación que ha publicado la serie de libros –ya clásicos–, en cuatro tomos, de *Las maras en Centroamérica*.
- Tres líderes comunitarios que hacen trabajo desde la perspectiva de prevención de la violencia con la MS-13, con pandilleros del B-18, con padres de familia, e incluso con las niñas y los niños del lugar. Estas entrevistas las hice en las calles de la comunidad: platicando, conversando de pie, y constantemente observando alrededor, ya que me sentía intranquilo por los relatos de violencia y muerte que me estaban contando (mi presencia en el lugar era muy notoria, es más, yo era el más observado).
- Seis gestores de la comunidad, quienes vienen trabajando desde hace años con los grupos de maras y de pandillas del B-18, y son una especie de mediadores del conflicto social que hay entre estos agrupamientos y las instituciones del Estado, o con la misma comunidad.
- Cuatro pandilleros del B-18 (tres hombres y una mujer).
- Tres miembros de la MS-13 (todos hombres).

Honduras

En el caso de Honduras, estuve en Tegucigalpa y en San Pedro Sula (importante ciudad industrial), y procedí de similar manera: a través de varios contactos conseguí entrevistar a actores estratégicos; conversar con académicos, investigadores e importantes funcionarios; y hacer visitas y recorridos en zonas de la MS-13 y de la pandilla del B-18, siempre a través de los salvoconductos que real y simbólicamente tenía de los colegas, quienes además se preocupaban por mi seguridad física, máxime cuando me desplazaba de un país a otro o de una ciudad a otra.

En Tegucigalpa, mi interlocutor permanente, informante clave y estratégico, fue mi colega y amigo Oscar Rápalo (compañero en la maestría en Antropología Social), quien me consiguió hospedaje a cuenta de la Universidad Pedagógica Nacional y, me abrió el camino para llevar a cabo varias entrevistas a profundidad con académicos e investigadores, además de proporcionarme información muy

valiosa: reportes de la situación de violencia en la que se encuentran la MS-13 y el B-18; recortes de prensa acerca de las ejecuciones extrajudiciales que padecen estos agrupamientos, así como textos relacionados con el tema.

En San Pedro Sula, mi contacto más significativo fue Ernesto Bardales, presidente de la Asociación Civil Jha Ja, quien me vinculó con agrupamientos de culturas e identidades juveniles *emergentes* como los hip-hoperos, graffiteros y break dance. Asimismo, Jovel Miranda, pandillero del Barrio 18 y ex líder, integrante del equipo de trabajo Generación X, me hizo un recorrido muy interesante en una de las zonas más densas y riesgosas donde está establecida tanto la MS-13 como la pandilla del B-18 (de hecho él controlaba parte de esa zona cuando era pandillero activo).⁹

En Honduras realicé 11 entrevistas a profundidad: a cuatro académicos e investigadores, en temáticas relacionadas con seguridad pública, trasiego de armas, violencias, maras (MS-13) y pandillas (B-18); a cinco gestores de OSC quienes se han caracterizado por una postura crítica y valiente de denuncia a las violaciones de derechos humanos tanto a niños, población civil y en especial contra la MS-13 y la pandilla del B-18; a un pandillero del Barrio 18 y a una pandillera de la MS-13 (estas dos últimas entrevistas fueron muy reveladoras).

Guatemala

Guatemala fue el país en el que menos tiempo pude estar, y sólo me desplacé en la zona metropolitana de la ciudad capital; de hecho, todo el recorrido lo hice a pie: dos días enteros, desde muy temprano hasta el anochecer anduve transitándola. Me contacté con Gustavo Cifuentes, pandillero pasivo del Barrio 18, quien el primer día me llevó a un recorrido por el centro de la ciudad de Guatemala; parques, mercados, estaciones de autobuses, centros deportivos, comedores comunitarios y la zona conocida como *La Línea del Tren* –donde se trafica con armas, drogas, carros robados, prostitución–. Asimismo, a través de él, pude entrevistar a integrantes de la MS-13. Si bien es cierto que conseguí muy pocas entrevistas en Guatemala, éstas fueron muy potentes en relación con los datos obtenidos, su valor simbólico, y las fotografías que me dejaron tomar a sus cuerpos tatuados.

En total logré hacer cuatro entrevistas: una al presidente de una OSC, que llevé a cabo en un área de descanso del hotel donde me hospedaba; dos a pandilleros

⁹ La diferencia entre la denominación de ser *pandillero* o *marero*, pasivo/activo, consiste en la implicación que todavía se tenga o no respecto a los actos de violencia y a las situaciones en los ámbitos de lo ilegal.

del B-18 (con uno de ellos me reuní en un restaurante –una especie de fonda– a la hora de la comida); y otra a un miembro de la MS-13, en una habitación, en la zona llamada La Línea del Tren.

La teoría de la técnica: la construcción de narrativas orales y visuales

Los instrumentos y las herramientas que más me ayudaron y que fui utilizando de una manera alternada, a ritmos muy variados e indefinidos, marcados por las circunstancias difusas y ambiguas que se me iban presentando, fueron básicamente: *a)* diario de campo, *b)* entrevistas a profundidad/semiestructuradas, *c)* fotografía y *d)* análisis de noticias.

Trataré de explicar lo más breve y didácticamente posible cómo fui usando cada técnica en el proceso de la investigación. Sirva la aclaración de que en ningún momento pretendo hacer (no es el espacio) una discusión profunda en torno a las bases epistémicas o los fundamentos de los instrumentos y los dispositivos metodológicos en los cuales se sustentan.

Diario de campo

Quizás sea una de las herramientas más socorridas por los investigadores sociales. Pero no sólo por ellos; piénsese por algún instante en los biólogos o los químicos, quienes la emplean para anotar sus observaciones sobre los procedimientos que llevan a cabo en sus respectivas investigaciones. Yo la caracterizaría como una técnica idónea para describir los contextos, las cualidades de los sujetos (actores) de la investigación, las tramas sociales y la autorreflexión o la autopercepción permanente desde el lugar de la enunciación o del posicionamiento en el que uno se coloco como etnógrafo.

La manera en que empleé esta herramienta fue arrítmica e irregular, es decir, dependía de la fuerza o la debilidad de lo que acontecía y de mi particular representación de esa vivencia: a veces era muy descriptivo (detallaba a profundidad la zona y el lugar, por ejemplo); otras tantas predominaban las inferencias o borradores de interpretaciones de la trama social (se me ocurrían algunas reflexiones teóricas); y algunas más sólo daba cuenta de mis estados de ánimo (máxime en aquellas entrevistas de alta tensión y ansiedad); así que, de forma involuntaria, hice múltiples y diversas combinaciones.

Eso sí, todos los días escribía y lo fui haciendo en dos cohortes temporales: 1) lo más rápido que podía después de la observación realizada, de los recorridos en la comunidad, de las conversaciones informales, de las entrevistas, de las sesiones en las que participé, o simplemente de lo que pasaba y pensaba; ya sea en el taxi, en un restaurante, en un jardín, en una cafetería o en la casa de huéspedes donde vivía; 2) del cuaderno a la computadora, lo cual me permitió ampliar el relato, ir reflexionando en algunas categorías de análisis, y elaborar –hasta donde alcanzaba– algunos aspectos afectivos y emocionales que se me despertaban ante las duras historias, y sin concesiones, que me platicaban, en particular la MS-13 y la pandilla del B-18, sobre las violencias sociales, la muerte y sus absurdos.

Considero que lo más valioso de las notas asentadas en el diario de campo es su temporalidad y el anclaje espacial, es decir, son datos construidos para ser utilizados en la hechura de la narrativa y una interfase o bisagra muy importante para la redacción de los textos etnográficos en forma de reportes, artículos, tesis o libros.

Entrevistas a profundidad

Fueron bajo la modalidad de semiestructuradas, esto es, diseñé un guión con apartados, categorías de análisis, índices e indicadores y posibles preguntas para cada categoría, con la finalidad de reconstruir las narrativas orales. El dispositivo adquirió el estilo de un diálogo intersubjetivo y de un sistema de conversación entre sujetos y actores sociales.

Dadas las cualidades de mi trabajo de campo, y las vicisitudes de los miembros de la MS-13 y de la pandilla del Barrio 18, que generalmente se encuentran en las lógicas de la paralegalidad o de lo ilegal, las entrevistas a profundidad que realicé fueron por lo regular muy complicadas. En ese sentido, las llevé a cabo de una manera flexible y plástica, es decir, lo primero y urgente –me fui dando cuenta en el quehacer mismo– era desmontar la tensión y la ansiedad que nos generaba la propia situación de entrevista, y construir un mecanismo de confianza que circulara o se desplazara de ellos y de ellas hacia mí, ya que en la actualidad es muy difícil y raro que estas adscripciones identitarias otorguen entrevistas, por los riesgos reales que esto implica para su seguridad física y afectiva, dados los niveles de represión y persecución a los que están sujetos.

Tal mecanismo de desmonte y de confianza era activado por lo que he nombrado el imprescindible lugar del mediador o del negociador (un colega, un conocido de ellos, o un actor reconocido de la trama social), el o la cual se encargaba

de hablar bien de mí y de la importancia social que pudiese adquirir el relato que me brindaran. Siempre funcionó, ya que, sin dirigirse a mí, daban el sí y su visto bueno, aunque con algunas precisiones y matices: no tomar fotografías, ni revelar nombres ni datos que los comprometieran. En ese instante intervenía y les explicaba con mayor amplitud quién era yo, de dónde venía, lo que estaba investigando y el para qué de la información. Enseguida, les solicitaba permiso para grabarlos, con la garantía de que no iba a aparecer ninguna referencia de ellos que los identificara; les aseguraba el anonimato, no publicar nada en su país y, si sentían alguna pregunta inadecuada o inoportuna, simplemente tenían el derecho de no contestarme (como me sucedió en varias ocasiones cuando exploraba los sucesos de las violencias y la muerte). Una vez concluida la entrevista (y ya con cierto nivel de confianza) les pedía que me dejaran fotografiar sus tatuajes y sus cuerpos, aclarándoles que no tomaría imágenes de sus rostros, a lo cual también accedieron. Dichas entrevistas las efectué en los lugares más inesperados e inusuales: vestidores, instalaciones deportivas, restaurantes, fondas, habitaciones, cubículos, pasillos; en el barrio, en la calle, en la banqueta, en autos circulando por la ciudad y en la casa de huéspedes donde me alojaba.

Todas las entrevistas a profundidad, las reuniones y exposiciones en las cuales participé fueron grabadas y posteriormente transcritas, proceso que les llevó a mis asistentes más de cuatro meses, no sólo por la cantidad sino por la densidad de la información obtenida y las vicisitudes técnicas y afectivas que se fueron presentando en el camino. Después, leí y revisé cada una de las transcripciones, contrastando el audio original con el impreso, y corroboré lo fuerte de los sucesos sociales reconstruidos, las trayectorias desfavorables de la biografía individual y la desventaja social de mis sujetos de investigación (la MS-13 y la pandilla del B-18).

Fotografía

La utilicé simplemente como un registro y una estrategia en la construcción de un discurso o de una narrativa visual, para lo cual también diseñé una guía que me iba marcando el levantamiento de las imágenes. Grosso modo, inicié fotografiando los lugares y las zonas de grandes contrastes que, por su fuerza real y potencia simbólica, dieran cuenta de determinados contextos, más que nada, sociales, económicos y culturales, en los cuales se han producido y construido estos actores y sus adscripciones identitarias juveniles. Al mismo tiempo, me interesaron las marcas y las señas de identificación territorial (placazos y grafitis),

así como las estéticas corporales (la facha, el lenguaje con las manos, los tatuajes); en sí, los sujetos y los actores de la trama social de los discursos de las violencias y de la muerte.

Al inicio, y en El Salvador, fue muy difícil tomar las fotografías, puesto que como extranjero y forastero era demasiado visible y evidente y la cámara se convirtió en algo amenazante, no sólo al tomar imágenes en el espacio público, sino fundamentalmente al levantar las iconografías de la ciudad, o de grafitis o pintas de la MS-13 y de la pandilla del B-18.

En esta lógica de representación, yo y la cámara entrábamos dentro de un dispositivo de sospecha y de duda cultural permanente ante la mirada de los otros, quienes al mismo tiempo, creo, se preguntaban: ¿quién será ese sujeto que estaba tomando fotografías?, lo que implicaba ser *construido* y colocado en la trama social que a su vez intentaba investigar. Esta situación me inhibió y sentía que me estaba deteniendo en mi levantamiento fotográfico, de tal suerte que pasaban los días y no sacaba fotografía alguna, por lo que tuve que conversarlo con mis interlocutores (los colegas) y, de ahí en adelante, preguntaba a las personas con las que me encontraba sobre la pertinencia o no de tomar las imágenes, por lo que también fungieron como mediadores.

Cuando estaba entrevistando a algunos miembros de la MS-13 y de la pandilla del B-18, conseguí fotografiarlos a través de construir los mínimos de confianza con el discurso de que era estrictamente para los fines de mi investigación y garantizarles no tomar sus rostros. Sólo así logré tomar varias imágenes de ellos y ellas: destacan las iconografías de una mujer de la MS-13 y de varios líderes de pandilleros del B-18. En la clínica donde quitan los tatuajes, me permitieron estar presente durante cuatro lunes seguidos, lo que me permitió tomar fotografías en el momento en el que estaban removiendo los tatuajes y conversar con ex líderes de la MS-13 (algunos habían acabado de salir de la cárcel después de 14 años de estar privados de su libertad). Dos no se dejaron entrevistar, ni mucho menos fotografiar, por la desconfianza y la sospecha de que fuera un agente infiltrado por los cuerpos de seguridad del Estado salvadoreño o del estadounidense (de hecho, en una entrevista con un líder de la MS-13 pensaron que era agente del Federal Bureau of Investigation (FBI), suceso de enorme tensión y complicación).

En una situación inesperada y camuflado como integrante de una brigada de salud, logré tener contacto y entrar a una clica del B-18, llamada, por cierto, mexicanos, en uno de los barrios más densos de San Salvador, donde tomé fotografías de los integrantes así como del barrio, los grafitis y los placasos. En este caso, y muy inusual, la cámara funcionó como un mecanismo simbólico a partir

del cual los miembros de la clica del B-18 lograban una especie de visibilidad, construirse una imagen ante los demás, tener voz, presencia pública y reivindicación de su adscripción identitaria, tanto que permitieron que los fotografiara. Incluso en cierto momento era tanta la algarabía que ya no les importaba que salieran retratados sus rostros y sus cuerpos plagados de tatuajes.

Análisis de noticias

De periódicos de El Salvador, Honduras, Guatemala y México, a fin de dar cuenta de la representación social, o de la construcción de narrativas (orales y visuales) que difunden determinados medios impresos, respecto a los sujetos y actores sociales de la MS-13 y de la pandilla del B-18, en lo que atañe a las violencias, a la muerte y a la inseguridad pública.

La lógica metodológica que utilicé fue muy sencilla: *seguir las noticias* conforme iban apareciendo en los diarios de los países citados. En el caso de El Salvador hice el seguimiento por internet; en el de Honduras, por medio de mis contactos (específicamente de mi colega Oscar Rápalo, quien durante años me había hecho envíos); en el de Guatemala, mediante un extenso y valiosos acervo hemerográfico que me donaron; y en el de México, por lo que alcanzaba a recopilar en los diarios a los que tenía acceso.

Esta técnica (*seguir las noticias*) es una recreación, o una relectura, de lo que Marcus (2001), desde las etnografías multilocales, denomina *seguir la metáfora*; es decir, el espíritu fue rastrear estas narrativas construidas en los ámbitos de los discursos (orales e iconográficos) que aparecían en los tabloides, por lo menos en cuatro directrices: 1) cuando se hablaba de la MS-13 y de la pandilla del B-18 como sujetos de violencia (al ser los ejecutores, al llevarla a cabo, junto con las imágenes que los visibilizaban); 2) al ser situados como objetos de violencia (al padecerla, en cualquiera de sus formas); 3) las ejecuciones extrajudiciales que están padeciendo; y 4) la actuación de los escuadrones de la muerte o de limpieza social que operan con la protección de las autoridades locales y nacionales. Para Marcus, seguir la metáfora conlleva incursionar en diferentes ámbitos del discurso, en determinadas modalidades del pensamiento; perseguir la circulación de signos y símbolos: “Esta modalidad implica intentar trazar las relaciones y sustentos sociales de asociaciones que están más claramente vivas en el lenguaje y hacer uso de medios visuales e impresos” (2001: 119).

Para mí, la riqueza del *análisis de noticias* consiste, o consistió, en la posibilidad, por una parte, de mostrar los discursos hegemónicos (orales y visuales) cuando

se habla desde estos medios impresos acerca de las violencias, la muerte y la inseguridad pública asociadas a la MS-13 y a la pandilla del B-18, dando cuenta de las contradicciones discursivas en contraposición a otros discursos alternos o subalternos que los interpelan (como el de un gran número de académicos y de integrantes de las OSC); y, por la otra; de hacer una especie de triangulación de las narrativas orales/visuales, de cara a la propia percepción de la MS-13 y del B-18 respecto a las representaciones construidas en relación con ellos y ellas.

Tensiones y conflictos en el hacer etnográfico (multilocal)

En este primer acercamiento reflexivo de mi vivencia del trabajo etnográfico y de la investigación social que llevé a cabo con la MS-13 y la pandilla de B-18 en el Triángulo del Norte Centroamericano (Honduras, Guatemala y El Salvador), reitero que el método etnográfico (multilocal), además de ser idóneo, es necesario, ya que permite la flexibilidad, la plasticidad y la movilidad para seguir las huellas de la complejidad en la que se producen estas adscripciones identitarias juveniles. Asimismo, resulta (y resultó) de gran utilidad el uso y la articulación de diferentes instrumentos y herramientas en la construcción de los datos (orales/visuales) como fuentes de información.

Por lo anterior, y a manera de abrir la discusión con los lectores reales e imaginarios de este texto, voy a plantear algunos interrogantes que creo relevante considerar y tal vez adquieran la cualidad de ser tensiones y conflictos desde mi lugar o el lugar de la enunciación:

- a) ¿Para qué hacer este tipo de investigaciones cuya complejidad estructural es evidente? o, dicho de otro modo, ¿cuál sería la utilidad social de este quehacer etnográfico? Quizás alguna de las respuestas provisorias que me construyo sean: por la importancia en la edificación de determinados conocimientos y saberes encaminados a mostrar y visibilizar las contradicciones sociales y culturales en las cuales se han producido determinados sujetos y actores como la MS-13 y la pandilla del B-18. Esta importancia adquiriría visibilidad y sentido si se lograra desmontar los discursos hegemónicos cuando dicen (narrativas orales) y representan (narrativas orales y visuales) a estas adscripciones identitarias juveniles como las únicas causantes y responsables (*chivos expiatorios*) de las violencias sociales, la muerte y la inseguridad pública, y que operan como discursos o

- coartadas perfectas en el imaginario social para implementar las políticas de mano dura, ejecuciones extrajudiciales y limpieza social.
- b) Estamos ante la disputa de nuestra propia presencia como investigadores sociales, que implica entrar en una lucha real y simbólica por el reconocimiento como etnógrafos frente a la construcción de la presencia de *los otros* actores y sujetos en el campo del conocimiento y del saber; me refiero a los ministros de culto (sacerdotes), los interventores comunitarios (y las OSC que los acompañan), los comunicadores de los medios (reporteros y camarógrafos, que por cierto son los más desprestigiados) y los agentes de seguridad de los Estados nacionales e internacionales (el FBI, por ejemplo).
 - c) Hay que repensar la pertinencia de la observación participante directa e intensa en el campo como estrategia clásica de la etnografía unilocal, cuando se trabaja con las cualidades de los sujetos sociales (actores) transnacionales como la MS-13 y el B-18. Asimismo, por las características como sujetos y objetos de la investigación social de estarse convirtiendo en una especie de sujetos móviles y, por lo tanto, *invisibles*, en los espacios públicos (la calle y el barrio, por ejemplo).
 - d) Aunque todavía no lo tengo suficientemente claro, intuyo e infiero el requerimiento de resituar ciertas categorías de análisis como las identidades o las identificaciones en el tono de sus cambios y de sus mutaciones tan rápidas, apuntando a lo simbólico, por ejemplo a lo implícito, o a lo que representan las violencias y las muertes para estos agrupamientos, más que estacionarse o detenerse en sus componentes fácticos o materiales.
 - e) A diferencia de los dispositivos de acompañamiento que existen en la psicología clínica y psicoanalítica y en la psiquiatría, en la psicología social y en la antropología no se cuenta con algún mecanismo similar que, por un lado, sirva de contención a los sujetos que investigan, y, por el otro, de reflexión en el momento en el que se está realizando el quehacer etnográfico, máxime cuando se trata de contextos, situaciones y sujetos que están en el límite o el borde. Esto cobra más relevancia porque, al trabajar con las subjetividades individuales construidas socialmente, tenemos que apuntar a nuestra propia subjetividad como investigadores o etnógrafos. Pienso que hay que relatar lo que a uno le va pasando desde la biografía individual y social, y en tanto me sigo situando como sujeto que investiga a los sujetos de la investigación remarco que parto de mi implicación y vivencia durante el proceso de investigar, lo cual significa que seguiré construyendo y daré cuenta de mi propia narrativa, al momento en que

narro la trama social de los otros, reconstruyo la lógica argumental y visibilizo a los personajes centrales de estas historias, anclados en un tiempo histórico, en un espacio social definido e inequitativo.

Bibliografía

- Berger, Peter y Thomas Luckmann
 1999 *La construcción social de la realidad*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre
 2000 *La dominación masculina*, Anagrama, Barcelona.
 2003 “Por qué las ciencias sociales deben ser tomadas como objeto”, en *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Anagrama, Barcelona, pp. 149-195.
- Bourdieu, Pierre y Loïc J. D. Wacquant
 1995a “La objetivación del sujeto objetivante”, en *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, pp. 149-157.
 1995b “Una objetivación participante”, en *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, Grijalbo, México, pp. 191-196.
- Bourgois, Philippe
 2005 “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”, en Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (eds.), *Jóvenes sin tregua*, Anthropos, Barcelona, pp. 11-34.
- Castells, Manuel
 1999 *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. II. El poder de la identidad*, Siglo XXI Editores, México.
- Courtney, Robert
 2006 *México en Nueva York. Vidas transnacionales de los migrantes mexicanos entre Puebla y Nueva York*, Cámara de Diputados/Universidad Autónoma de Zacatecas/Miguel Ángel Porrúa, México.
- Devereux, George
 1994 *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, Siglo XXI Editores, México.
- Díaz, Rodrigo
 2002 “La creación de la presencia. Simbolismo y performance en grupos juveniles”, en Alfredo Nateras (coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas*, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I)/Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 19-41.

Feixa, Carles

- 1998 *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*, Secretaría de Educación Pública/Causa Joven/Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud (CIEJ), México.

Giménez, Gilberto

- 2002 "Paradigmas de identidad", en Aquiles Chihu (coord.), *Sociología de la identidad*, UAM-1/Miguel Ángel Porrúa, México, pp. 35-62.

Goffman, Erving

- 1993 *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu Editores, Buenos Aires.

Ibáñez, Tomás

- 1988 *Ideologías de la vida cotidiana*, Sendai, Madrid.

Kearney, Michael

- 1995 "The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism", en *Annual Review of Anthropology*, núm. 24, pp. 547-565.

Marcus, George E.

- 2001 "Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal", trad. Miguel Ángel Aguilar Díaz, en *Alteridades*, año 11, núm. 22, julio-diciembre, México, pp. 111-127.

Mead, George H.

- 1990 *Espíritu, persona y sociedad*, Paidós, Barcelona.

Montero, Maritza (coord.)

- 1994 *Construcción y crítica de la psicología social*, Anthropos, Barcelona.

Reguillo, Rossana

- 2002 *Emergencia de culturas juveniles. Estrategias del desencanto*, Norma, Bogotá.

Ruiz Olabuenaga, José Ignacio y María Antonia Ispizua

- 1989 *La descodificación de la vida cotidiana. Métodos de investigación cualitativa*, Universidad de Deusto, Bilbao.

Valenzuela, José Manuel

- 1988 *¡A la brava ése! Cholos, punks, chavos banda*, El Colegio de la Frontera Norte, México.
- 1997 "Culturas juveniles. Identidades transitorias", en *Jóvenes*, año 1, núm. 3, enero-marzo, CIEJ/Causa Joven, México, pp. 12-35.
- 2002 "De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos", en Carles Feixa, Fidel Molina y Carles Alsinet (coords.), *Movimientos juveniles en América Latina. Pachucos, malandros, punketas*, Ariel, Barcelona, pp. 11-34.
- 2003 "Pachomas (pachuco-cholo-mara), nortecos y fronteras", en José Antonio Pérez Islas et al. (coords.), *México-Quebec. Nuevas miradas sobre los jóvenes*,

Instituto Mexicano de la Juventud/Observatoire Jeunes et Societé, México, pp. 187-197.

Valenzuela, José Manuel, Alfredo Nateras y Rossana Reguillo (coords.)

2007 *Las maras. Identidades juveniles al límite*, UAM-1/El Colegio de la Frontera Norte/Juan Pablos Editor, México.

Vila, Pablo

2000 “Música e identidad. La capacidad interpeladora y narrativa de los sonidos, las letras y las actuaciones musicales”, en Mabel Piccini, Ana Rosas Mantecón y Graciela Schmilchuk (coords.), *Recepción artística y consumo cultural*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Juan Pablos Editor, México, pp. 331-369.